

ISLA DE PASCUA



Mario Toral
Decano Facultad de Artes
Universidad Finis Terrae

Salvo en lo que se refiere a la política, Chile continental no tiene ninguna característica tropical. Hablando del clima y de las herencias genéticas que podrían generar una raza exuberante y sensual, en nuestro país tanto por la herencia indígena y el resultado de la conquista española, al final la mezcla ha sido un pueblo más bien triste que mira melancólicamente al suelo para danzar su baile nacional la cueca y que si recurre al alcohol para alegrarse, se convierte en algo patético al aflorar sus frustraciones de ser mestizo y no afrontarlo con alegría.

Al norte del país le faltó agua y aunque alcaldes progresistas plantan palmeras para tropicalizar el desierto, las *juvea príncipe*, la reina de los árboles, terminan decrepitas en su monarquía de corta duración. Al sur, con agua en demasía, una niebla húmeda hace crecer musgo en las tejas de las casas, aquellas que se salvaron de las inundaciones y el mismo musgo gris se aposenta en el rostro de los chilenos concediéndoles un aspecto adusto y poco comunicativo.

En la zona central y en la joya de ciudad que debería ser su capital, con el espectáculo inigualable de sus montañas nevadas, son escasos los días en que a causa del "progreso" y sus emanaciones podamos tener el privilegio de contemplarlas.

Al final todo esto no es de consecuencia pues "malgré tout" es el país que amamos y que por designios ultraterrestres nos ha tocado vivir.

Esto sucede en el Chile continental. Ahora hablemos de nuestro Imperio Colonial, que parafraseando a los franceses cuando dividían el mundo con los británicos llamaban a su Imperio "la France d'outremer", así el nuestro debería llamarse "el Chile de más allá de los Mares".

Al igual que América debería haberse llamado Colombia en honor a su descubridor y que injustamente tomó el nombre del cartógrafo que años más tarde de su descubrimiento la dibujaría en mapas, nuestra prolongación del continente, por el hecho anecdótico de ser "descubierta" por occidentales en el día de Pascua, así pasó a denominarse para la Historia. Por supuesto que en su primer bautizo en 1722, su nombre inicial fue Paasch Eyland ya

que su descubridor Jacob Roggeveen era holandés. Después de muchas vicisitudes resultado de ambiciones territoriales y de explotación, la isla cambió de manos hasta que finalmente este minúsculo pero fascinante territorio pasó a ser del dominio del país de la estrella solitaria. Nuestra modestia tradicional nos impidió agregar otra estrella a nuestro pabellón patrio como lo hizo Estados Unidos con sus estados adquiridos de Alaska, Puerto Rico y Hawai.

Sería la anexión de esta isla a nuestro territorio, la ocasión de agregarle a nuestra cultura un matiz tropical, cálido, exótico, para que nuestra geografía dura, minera, le sumara una nota sensual a la parquedad hispana, murmullos calientes, músicas ondulantes, que le restarían importancia al lúgubre sonido de la trutruca. Este territorio chileno a igual distancia de la Polinesia como de las costas de Chile, es un nexo de unión entre dos continentes: asiático y americano, y una puerta abierta hacia culturas diferentes de las del mundo occidental. No desperdiciemos esta oportunidad. Sin embargo, antes de la hazaña del navegante holandés, el verdadero descubrimiento, tal vez miles de años antes, es más romántico y mítico, y subsiste en la cultura universal a pesar de que los descubrimientos de las naciones occidentales en el globo terráqueo eran de adjudicarse territorios vacíos de poder y agregarlos a su corona con fines de explotación. Por muchos años nuestra isla servía de recalada de navíos para proveerse de agua dulce, dátiles, plátanos, pescado, tubérculos para proseguir el viaje; también cumpliendo estos desembarcos con la necesidad de suplir el ímpetu hormonal de los jóvenes marineros después de meses de navegación sin contacto femenino. La isla es muy pequeña, no tiene oro, especias, sólo sirve como un trampolín para alcanzar las grandes y verdes islas de la Polinesia, de la cual Isla de Pascua está casi afuera de su radio. Después de acaparar frutas frescas, que librarían a la tripulación del escorbuto y llenar los toneles con agua para beber, los navíos continuaban su viaje hacia el oeste.

Tampoco atrajo viajeros que hastiados con la excesiva "civilización" europea, vinieran a exiliarse voluntariamente y bebieran de la sabiduría ingenua del "bon sauvage" o de una naturaleza

incólume a la depredación de los países colonialistas, como fueron las estadias del pintor francés Paul Gauguin. El clima de la isla es subtropical y ya en el siglo XIX la tala de árboles había arruinado su vegetación de la cual hablan las tradiciones.

Es de aquellas lejanas islas de los Mares del Sur a miles de kilómetros de distancia de Isla de Pascua, que provienen sus primeros habitantes. Esa hermosa raza maorí que produciría el primer descubrimiento, el verdadero. Maoríes habitaban la Polinesia cuatro mil años atrás, viniendo de las Islas Salomón en donde se habían instalado alrededor de treinta mil años antes, y que anteriormente –estamos hablando de cincuenta mil años atrás–, provenían de Nueva Guinea y Australia. Pueblos sin historia, sin ningún “récord”, salvo sus huesos, que acreditaron su paso por el mundo.

Pero tradiciones orales imprecisas, transformadas por la oscuridad de los milenios, también hablan, al igual que nuestras tradiciones, de unos primeros hombres y mujeres, que como Adán y Eva, comenzaron a poblar el mundo, y le dieron nombre a las cosas y a los elementos naturales.

Dioses de temer, los cuales castigarían con cataclismos, deformaciones físicas, a los hombres que transgredieran sus dictados. Tal como en la Biblia, Noé y su familia, por su aprobada conducta, son dispensados de morir ahogados, la presencia de una gran lluvia, inundaciones y relámpagos, también consta en las mitologías polinesias. La idea del diluvio parece haber sido la primera tragedia globalizada.

Los polinesios fueron y son los más expertos navegantes que el mundo ha conocido. Considerando que el océano Pacífico es el más grande de los mares, con sus islas desperdigadas en esta cantidad inconmensurable de agua, ubicarse en ellas sería más difícil que encontrar una aguja en un pajar. Sin embargo, por su conocimiento del mundo estelar, del cual reconocían con su nombre más de doscientas estrellas y sus dibujadas distancias, su increíble habilidad para detectar en las marejadas, en las corrientes de agua su procedencia y destino, el instinto para discernir la dirección de las corrientes marinas en alta mar, hacía nuestra

limitada brújula innecesaria. Esto era un don, una intuición que iba más allá de la visión o del sentir. Como dice el antropólogo inglés David Lewis, el navegante de Polinesia “conoce las corrientes del océano como conoce el rostro de sus amigos”.

Un amigo antropólogo me contaba que estando con una tribu perdida en la selva del Orinoco trataba de explicarle con mímica y señas al chamán de la tribu las maravillas de las invenciones de la civilización, entre ellas la del teléfono, manifestándole que la voz iba a través de hilos al lugar donde estaba la otra persona. El hechicero no quedó impresionado y también por señales y mímica le expresó al antropólogo que él, sólo poniendo la oreja en el tronco de un árbol, podía hablar –sin hilos– con sus antepasados.

Al navegador de la canoa –con una mano hundida en el agua– el calor, el enfriamiento, la presión, le señalarían el rumbo deseado. Los más conspicuos practicantes del arte de navegar en las desperdigadas islas de la Polinesia se introducirían al agua desnudos contiguos a la canoa, amarrados con una cuerda y juzgarían la dirección y fuerza de las corrientes, según estas aguas tocaran sus escrotos –parte sensible de su anatomía– esta brújula testicular marcaría el rumbo a seguir. Así los habitantes de la Polinesia podían viajar centenares y miles de kilómetros intercambiando mercaderías con otras islas como tubérculos, cerdos, cocos, la codiciada fruta del pan, piedras para tallar sus ídolos.

Sin embargo la vuelta de estos largos viajes a veces no estaba en sus planes, ni tampoco las canoas tenían la infraestructura suficiente para transportar agua dulce ni bastantes alimentos para tan largos periplos. De allí que el hallazgo de esta diminuta isla en el espacio inconmensurable del Gran Océano se nos presenta como una proeza sin igual en el arte de la navegación.

Aventura, curiosidad, espíritu de conquista, el temor a actividades volcánicas, maremotos, huracanes, hambrunas, epidemias o también disputas entre sus habitantes, guerras, ascensión de un grupo familiar o clan eran motivos que obligaban a los polinesios a inmigrar, a encontrar otras tierras o acogerse los vencidos de estos conflictos a un exilio obligado.

También eran puestas en canoas, a la deriva en alta mar, personas que no habían respetado los “tabúes” del grupo social o habían cometido adulterio, crímenes, faltas contra la etiqueta a mantener en los cultos religiosos, gente anormal con defectos físicos.

¿Serían los primeros llegados a la Isla de Pascua personas expulsadas de islas mayores, similar a como fue Australia receptáculo de los convictos de Inglaterra o navegantes intrépidos en busca de las codiciadas piedras duras para fabricar sus ídolos, instrumentos o armas de guerra, piedras ausentes en los blandos suelos de las otras verdes islas de la Polinesia?

Las tradiciones orales de la Isla de Pascua cuentan que sus antepasados venían de una gran isla verde situada hacia el Oeste llamada “Marae Renga” que probablemente ubicaríamos ahora en el lugar de las Islas Marquesas. Se dice que abandonaron la isla porque gran parte de ella se sumergió en el océano a causa de un cataclismo. Esta leyenda nos trae a la memoria el reciente y dramático tsunami que enlutó al mundo.

Sin embargo, la tradición más común y más aceptada por los isleños actuales es aquella que narra la suerte de un guerrero, un jefe llamado Hotú Matúa que derrotado por su propio hermano tuvo que abandonar Marae Renga. Otra variación de este mito es aquella de que su hermano trajo una vergüenza a su clan, por su adulterio con la mujer de un jefe rival y poderoso. Los mitos se repiten pues esto nos recuerda el mito griego que dio origen a la Guerra de Troya en la Iliada. También consta en las tradiciones pascuenses, la existencia de un experto en tatuajes que bajo la premonición en uno de sus sueños había dibujado en parte de su cuerpo la ubicación de la isla. Esto nos hace recordar la película de Kevin Costner “Mundo acuático”, en donde el plano para encontrar tierra firme está tatuado en la piel de una pequeña niña que los “bad and good ones” se disputan.

Es así, que tras la revelación de un sueño se embarcan desde algún lugar de la Polinesia en una canoa seis hombres que durante seis semanas cumplirían esta profecía onírica. Seguirían a esta canoa otras con docenas de personas, hombres y mujeres con

plantas, semillas, animales vivos y llevaban tantas cosas para perpetuar la vida similar a la isla de donde provenían, que se podría decir que “transportaban un paisaje”. Estas dos enormes canoas eran unidas por un puente en donde estaba la vela que también servía como refugio para el mal tiempo. Estas canoas dobles, unidas por un puente, serían iguales en su estructura a nuestros modernos catamaranes, palabra de Malasia que significa “troncos atados”. Al igual que los pueblos canoeros de los fiordos del Sur de Chile, en esta plataforma aislada con arena se cocinarían los peces, los pollos, los ratones, gran “delicatessen” de los pueblos polinesios.

Isla de Pascua es la más aislada de todas las islas del Mar del Sur, cerca de cuatro mil kilómetros de distancia la separa del resto de las islas o de los islotes de la Polinesia o del Continente Americano. La excepción es la pequeña isla de Pitcairn que, en la famosa novela de Julio Verne “Los amotinados de la Bounty”, sirve de refugio a los amotinados para desaparecer del mundo, ya que esta isla no aparecía en las cartas geográficas de la época.

Los primeros y valientes llegados a la Isla de Pascua después de un viaje de miles de kilómetros poseían un “one way ticket”, pues sería imposible por la distancia y el agotamiento de los alimentos volver a su punto de partida. Debían confiar en el mito, en su sabiduría en navegación o en la mezcla de ambos. Parfraseando a García Márquez, este viaje podría llamarse “Crónica de un descubrimiento anunciado”.

Llamaron a la tierra de llegada, después de la extenuante odisea, Te Pito Te Henua, literalmente “el término del mundo”, “fragmento de la tierra”, más imaginativamente traducido con un nombre poético “El ombligo del mundo”. Nombre que visualmente corresponde a la imagen del Océano como un gran estómago, curvilíneo en sus extremos por la inmensidad de su tamaño y con un punto en su parte más alta. El escenario de la llegada a su nuevo hogar no pudo haber sido más auspicioso ya que su punto de desembarco fueron las arenas doradas y las aguas transparentes de la actual playa de Anakena.

Comencé a interesarme por Isla de Pascua por una casualidad y

cuando esto sucedió no guardaba relación con ella, ya que no estaba su existencia en mis conocimientos de aquel entonces.

En el colegio en que estudiaba, cuando tenía alrededor de ocho años de edad, contiguo a mi escritorio se sentaba un alumno que no brillaba por sus notas ni por ser notable en los deportes, ni por su compañerismo, pero al cual yo admiraba por una curiosa habilidad que poseía. En las clases, abstrayéndose de lo que el profesor enseñaba, tallaba en panes de tiza que se robaba del mueble del pizarrón extrañas cabezas y torsos. Era de admirar la paciencia con que con un alfiler iba hurgando estas curiosas cabezas que me llamaban la atención por su diferencia con las cabezas y cuerpos de las personas reales. El cráneo, la nariz y las orejas demasiado alargadas, la boca demasiado pequeña y el cuerpo diminuto para tan enorme cabeza. Dependiendo de lo distraído del profesor en cada clase podía tallar seis u ocho de estos figurines que colocaba ordenadamente al frente de su escritorio ocultas por la espalda del vecino de adelante. Pero eso no era todo.

A continuación tomaba entre sus dedos estas cabezas hasta ahora blancas y las sumergía en el tintero con tinta negra. Puedo visualizar en la actualidad esos antiguos tinteros de porcelana blanca insertos en agujeros en la madera del escritorio, sus dedos sucios de tinta oscura que sus padres al verlos pensarían que era el producto de su aplicación en los estudios. Ahí se producía el misterio que me llenaba de admiración. Al sacar estas pequeñas cabezas y torsos del líquido adquirían el color de la piedra y al notarse las texturas que dejaba el alfiler se producían grietas y degradaciones como si fuera un objeto antiguo. Las volvía a colocar en fila, donde habían estado y constituían una extraña proyección frontal, estas cabezas deformes, dignas.

Cuando en el primer viaje que hice a la Isla de Pascua contemplé los Ahu ceremoniales, con la fila de *moais* mirando tierra adentro, la extrañeza que la escena me produjo de estos fascinantes monumentos, me hizo unir al misterio que con sus figuritas de tiza me produjo aquel niño, flojo y distraído en el colegio, pero que con una especie de premonición o su memoria visual, interpretó lo insólito de estos rostros.

En una ocasión Jonathan Swift manifestó que los seres humanos dibujamos las cosas o los animales a nuestra medida humana. Al elefante lo empequeñecemos para que quepa en una hoja de nuestro cuaderno, a la pulga la agrandamos para poder verla en detalle. Este niño, el del banco vecino al mío, nunca supe si había estado en la Isla de Pascua, si habría visto los *moais* en libros o revistas, o fue una simple casualidad por una ignorancia de anatomía y que así había producido estos rostros y torsos deformados.

Si bien recuerdo, en las clases de geografía del colegio la definición de una isla que se nos daba era: “porción de tierra rodeada de agua”. El mar genera en estas tierras aisladas por el elemento líquido características especiales. El océano es un muro acuoso que fija a sus habitantes –tanto seres humanos como flora y fauna– un límite. Las limitaciones se hacen para ser transgredidas y así vemos en el caso de los humanos que los habitantes de islas son grandes navegantes. Así sucedió en Creta, en la Polinesia y en los tiempos modernos con Inglaterra. Las tradiciones, al igual que las plantas y los árboles endémicos, adquieren un cuño particular y único no influidos por vecinos como sucede en las naciones continentales. Se genera un orgullo por las tradiciones que a veces se las exagera o se las modifica en su origen, según sea el oyente curioso, como fue engañado –en tantas ocasiones– el famoso antropólogo Thor Heyerdalh. Los ingleses adoptan un aire, que si no es de superioridad, es de un gran respeto, por su condición de vivir en una isla. Al referirse a las naciones de Europa las engloban a todas con la expresión “the continent”. Siguen con fidelidad sus costumbres particulares, como conducir por la izquierda del camino, no adoptar el sistema métrico universal, tomar la cerveza tibia y no acoplarse al Mercado Común Europeo. En Wimbledon los tenistas no pueden usar abigarradas T-shirts y deben vestir uniformadas camisetas y pantalones blancos. En este particular aferramiento de isleños a sus tradiciones, los pascuenses las han mantenido contra viento y marea, fieles a sus leyendas, mitologías, a pesar de que en un período negro para la historia de Isla de Pascua, tratantes de esclavos peruanos capturaron, a la fuerza, a miles de pascuenses para llevarlos a las explotaciones de guano en islotes y playas del Perú y sólo subsistió un escaso centenar de ellos.



No hay nada en Pascua que no tenga por detrás una leyenda o una historia mitológica. Y si un objeto, una piedra cualquiera no la tiene, se inventa. El paisaje de esta bella isla ha resistido a la cría de ovejas que destruyó la vegetación autóctona, pero que actualmente connotados científicos tratan de recuperar, como es el caso de los toromiro, que me tocó verlos cuidados como infantes, cercados de pircas de piedra para resistir el viento en su niñez.

En la isla se han establecido colonias de leprosos, aislados sin concederles el derecho de un tratamiento hospitalario. Centenares de turistas de todas partes del mundo podrían haber modificado el espíritu de los pascuenses, pero hablando con cualquiera de ellos en la isla o en el continente, uno constata su atavismo. Prefieren y con razón, llamar a su isla Rapa Nui —que significa “Gran Rapa”— debido este nombre a navegantes de Tahití que cuando arribaron a sus costas, la encontraron parecida a otra isla que antes habían visitado en la Polinesia, más pequeña, llamada Rapa.

Numerosos volúmenes se han escrito sobre los misteriosos Moais. Es un desafío de los artistas pascuenses esculpir en una piedra, con una piedra más dura, los rasgos de esos rostros impenetrables, de conservar a lo largo de los siglos una unidad de estilo, de adquirir una técnica para transportarlos, tomando en cuenta su peso y tamaño gigantescos. No olvidemos que el *moai* apropiadamente llamado El Gigante mide aproximadamente lo mismo que el obelisco de la Plaza de la Concordia en París, es decir veinte metros.

Sus ojos ahora vacíos tal vez tuvieron ojos de coral blanco y de pupilas negras de obsidiana, con una mezcla roja que retrataba el círculo del iris, como es en sus figuras más pequeñas de madera. Las estatuas con ojos en sus cuencas, como se han hecho algunas en Anakena, les hace cambiar la expresión, como si miraran hacia el cielo.

El significado religioso se ha perdido actualmente. Nadie les rinde culto pero los isleños le guardan gran respeto. En el Museo Antropológico de la Ciudad de México me tocó ver a una indígena encendiendo copal frente a una estela de piedra maya,

apresuradamente antes de ser sorprendida por un guardia. Esto no existe con los actuales pascuenses y la hermosa iglesia católica, con sus bien logradas esculturas en madera, y la cantidad de público a sus servicios religiosos, muestran la adopción de otro credo religioso.

Los pascuenses llaman a los moais, *aringa ora*, rostros vivientes, sin individualizarlos, sin identidad propia. Conjeturas hay sobre por qué dan la espalda al mar; podría significar protección de la comunidad frente a las marejadas. O ponerlos en los bordes costeros para no ocupar las escasas tierras cultivables. Los antropólogos suponen que tal vez una crisis de alimentos fue la causa del fin de esta civilización.

El historiador alemán Max Raphael señala que la sola monumentalidad acarrea respeto. No se trata de comunicación o diálogo como sucede con el artista y el público en el arte occidental. Son antepasados, fuera del alcance humano, que como las pirámides de Egipto, por su mero gigantismo causan respeto.

Max Raphael señala que en los moais, en la verticalidad de sus elementos, la nariz es lo único que se levanta hacia la horizontalidad, como un falo simbólico, cosa que se ve más claramente en los petroglifos. Los labios con una cavidad en el medio sugerirían una vagina. El antropólogo alemán ve en los moais un símbolo sexual de hombres o dioses en un momento fallecidos y que en el proceso de tallarlos y terminarlos adquieren una resurrección. Más aún, sugiere que la totalidad de la figura de los moais representa un órgano masculino.

Hace algunos años, mientras realizábamos el documental sobre la ejecución del mural *Memoria visual de una nación*, de mi autoría, para lo cual visitamos prácticamente todo Chile, la Isla de Pascua fue una necesidad. No solamente se trató en imágenes visuales, también con entrevistas a antropólogos, geólogos o simplemente ciudadanos pascuenses. Parte importante de esto fue abordar la leyenda del pájaro Manutara, en la cual, el nadador que en una justa llegara primero al islote de Motu Nui y cogiera el huevo de este pájaro, otorgaría al jefe de su clan el don del gobierno de la isla por un año. Decidimos recrear este episodio

con el máximo de fidelidad. Hablamos con Kío Teao y éste accedió a dramatizar esta acción. Era un día especialmente helado, recordemos que el clima de Isla de Pascua es subtropical y a veces las aguas son bastante frías. Estamos al borde del mar, en donde Kío Teao se unta el cuerpo de un color rojizo y se prepara para la travesía a nado. La isla, al no tener arrecifes de coral que disminuyan la fuerza de las olas, sitúan los rompientes de éstas en el mismo borde costero. Caminar descalzo sobre las piedras filudas ya es una hazaña. Según nos cuenta la tradición, los nadadores se ayudaban con una especie de bulto de juncos estrechamente amarrados, que hacía el papel similar a la tabla con la cual se aprende a nadar. Nosotros lo seguíamos cuando se arrojó al agua desde una cómoda lancha a motor. Era posible ver el tremendo esfuerzo de nadar a veces en contra de las olas, que tendían a devolver el cuerpo del nadador hacia la costa. A veces su cuerpo desaparecía en el azul ultramarino oscuro del agua del Pacífico, volviendo a reaparecer en esta jornada exhaustiva. Finalmente llegamos a la costa del islote de Motu Noi en donde Kío Teao debía escalar un acantilado y llegar hasta la cúspide; lo hizo con una rapidez increíble, pensando que había realizado el esfuerzo de nadar alrededor de una hora. Entre los peñascos, igual que cuando estaba en el océano, aparecía y desaparecía, hasta que finalmente lo vemos en la cima de los acantilados, con el cuerpo erguido, con sus brazos hacia atrás, lanzando un grito con la fuerza de todos sus pulmones.

Así contra viento y marea, contra la influencia del turismo y la despreocupación del Chile continental, los pascuenses van defendiendo su identidad. Es una gran pena que no exista en la isla un museo de calidad. No basta con los moais erguidos en sus puestos. Y el museo actual es de una pobreza que no se condice con la majestuosidad de las tradiciones, objetos, documentos, de este misterioso lugar.

Escribiendo este texto, un amigo me señala un episodio semi olvidado. Cuando conocí a Pablo Neruda, —después de haber vivido mi juventud en el extranjero— y como resultado de mis primeros encuentros caminando por las arenas frías de Isla Negra, surgió la idea de hacer una carpeta con un grabado mío y un poema

de su autoría. Pablo eligió, no recuerdo los motivos, su poema Rapa Nui, La Lluvia, del cual transcribo un fragmento:

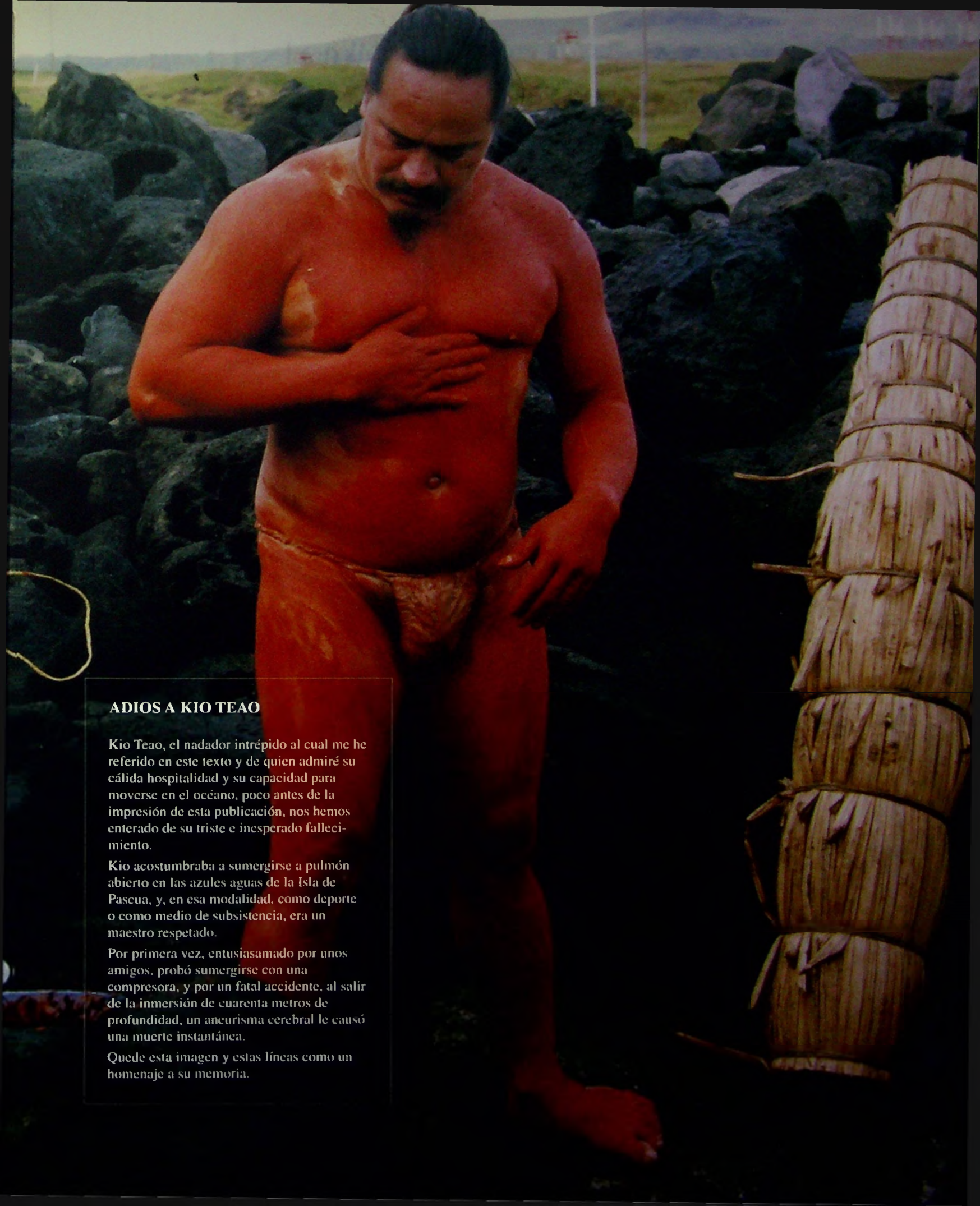
De noche sueño que tú y yo somos dos plantas
que se elevaron juntas, con raíces enredadas,
y que tú conoces la tierra y la lluvia como mi boca,
porque de tierra y de lluvia estamos hechos.

A veces
pienso que con la muerte dormiremos abajo,
en la profundidad de los pies de la efigie,
mirando
el océano que nos trajo a construir y a amar.

Mi grabado, hecho con planchas recortadas y mucho relieve, fue inspirado por la geología volcánica, lava, fósiles y una imagen erguida, de cantos duros, como se levantan y se recortan las figuras de los moais en el cielo de Rapa Nui.

Si en un lugar de estas páginas manifesté mi opinión sobre la facultad de inventar historias de los pascuenses, es una opinión que mantengo. Veo en esa actitud su lado positivo, pues las leyendas o los mitos son representaciones de hechos o de actuaciones de personajes amplificadas por la imaginación. En uno de mis viajes a la isla fui agasajado por el Alcalde, Pedro Edmunds. Agradecido por un taller de pintura que hice con los niños de la única escuela, me obsequió un bastón hermosamente tallado en madera. En su discurso contó que este tipo de bastón, llamado *toko-toko*, servía para cuando el orador olvidaba alguna palabra o concepto, llevándolo a la oreja las palabras venían a su memoria. Pensé que me sería de gran utilidad pues gozo de pésima memoria al hablar en público. Desgraciadamente siempre olvidé llevarlo para esas ocasiones.

En una ocasión estando en Nazaret, Palestina, un niño árabe me vendió una astilla, según él auténtica, de la cruz de Jesucristo. La he guardado religiosamente, no porque crea que es un fragmento de la cruz donde Cristo fue crucificado, sino porque es un recuerdo de un niño que me vendió una astilla de la cruz de Cristo en tierras palestinas.



ADIOS A KIO TEAO

Kio Teao, el nadador intrépido al cual me he referido en este texto y de quien admiré su cálida hospitalidad y su capacidad para moverse en el océano, poco antes de la impresión de esta publicación, nos hemos enterado de su triste e inesperado fallecimiento.

Kio acostumbraba a sumergirse a pulmón abierto en las azules aguas de la Isla de Pascua, y, en esa modalidad, como deporte o como medio de subsistencia, era un maestro respetado.

Por primera vez, entusiasmado por unos amigos, probó sumergirse con una compresora, y por un fatal accidente, al salir de la inmersión de cuarenta metros de profundidad, un aneurisma cerebral le causó una muerte instantánea.

Quede esta imagen y estas líneas como un homenaje a su memoria.